

FUNERAL DEL P. AGUSTÍ FIGUERAS
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
18 de diciembre de 2008
Is 25, 6-9; Sl 121; Fil 3, 20-21; Jn 19, 17-18. 25-39

Queridos hermanos y hermanas:

Éstos días de adviento, hemos escuchado con una intensidad especial las palabras de la carta a los cristianos de Filipos que hemos vuelto a leer en esta celebración: *aguardamos un Salvador: Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según su cuerpo glorioso*. Esta espera, vivida con el deseo del encuentro liberador, nos llevaba a rezar, también en estos días de adviento: "ven, Señor, a visitarnos y danos la paz; que nos podamos alegrar de todo corazón delante de ti" (canto de comunión de los lunes). De esta manera nos preparamos para recibir la gracia de la Navidad, pero también para esperar la venida del Señor, Jesucristo, al final de la historia, y de una manera particular al final de nuestra vida.

Precisamente en este contexto espiritual del adviento, el Señor ha venido a visitar a nuestro P. Agustí para llevarlo hacia él después de 102 años de vida plena, vivida con alegría y con fe. Era el más anciano de nuestro monasterio y también de nuestra Provincia Hispánica y de los más ancianos de la Congregación de Subiaco.

Agradeciendo el don que hemos recibido en su persona, recordamos que el P. Agustí Figueres i Figueres había nacido en Barcelona en 1906, en el seno de una familia muy cristiana, que le dio el nombre de Pedro en el bautismo. A los 16 años ingresó en nuestro monasterio junto con otro hermano suyo, Dom Gregorio, que murió en plena juventud, siendo diácono, hoy hace precisamente 78 años. El P. Agustí profesó el año 1923 y recibió la ordenación presbiteral el año 1930. Siguió la formación propia de los estudios eclesiásticos en Montserrat y en el monasterio alemán de Beuron; en este último cenobio estudió también orfebrería. Pasó un tiempo en la Casa de Montserrat en Jerusalén. La guerra civil en nuestro país, con la persecución religiosa que hubo, lo cogió que ya había vuelto a Montserrat; pudo salir otra vez hacia Alemania, hasta que se unió al grupo de monjes que se había reunido en Belascoain, Navarra, entorno al P. Abat Marcet. Cuando la comunidad se pudo establecer nuevamente en Montserrat, reanudó los trabajos de orfebrería y de profesor en la Escolanía, donde enseñó violín entre otras cosas. En este periodo, hubo un hecho del cual guardó siempre un recuerdo muy grato: en 1950, que había sido proclamado Año Santo por el papa Pío XII, fue enviado al monasterio de San Pablo Extramuros de Roma como penitenciario. En 1958 fue a nuestra fundación de Medellín, en Colombia, allí, además de colaborar en las tareas de la comunidad y del colegio, fundó un agrupamiento de *boy scouts*.

De vuelta a Montserrat en 1964, continuó colaborando en la Escolanía, además de prestar otros servicios. En este periodo fue muy conocido de los romeros, porque dirigía el Rosario de la noche en esta Basílica. Era un monje muy devoto de Madre de Dios; se daba a menudo a la plegaria con las prácticas tradicionales de devoción además de la vida litúrgica. Se le veía feliz y comunicaba alegría de vivir; sabía aceptar las dificultades y los contratiempos con fe. Siempre tenía alguna cosa por explicar ayudado por su buena memoria y por su fino sentido del humor. De hecho, son muchas las anécdotas divertidas que había vivido y que él mismo explicaba con gracia.

En su vida espiritual, hay un hito importante: el viernes santo del 2002. A raíz de una conferencia de un monje de nuestra comunidad sobre la pasión de Jesús, este día se sintió fuertemente impactado. Reflexionó con una luz nueva sobre el don del Señor en la cruz por amor a la humanidad y sintió un llamamiento fuerte a ser santo. Hablaba

como de una conversión. Como consecuencia, se ofreció a Dios dispuesto a hacer todo el que él quisiera; en continuidad con la donación de cuerpo y de corazón que le había hecho al profesar y que ha procurado vivir con fidelidad hasta el final. En las postrimerías de aquel año 2002 tuvo una caída grave, que superó pero que le supuso una cierta limitación de movimientos hasta ahora. Lo vivió, eso y otros achaques que aceptaba humildemente, como una invitación a participar un poco de la cruz de Jesucristo. Desde entonces repetía cada día este ofrecimiento: "Señor, quiero hacer lo que quieras y como quieras"; todavía me lo recordaba el pasado día 6. En este periodo, también experimentó alguna prueba de fe purificadora. Desde aquel viernes santo del 2002, cada vez que pensaba o hablaba de la pasión del Señor, se le humedecían los ojos a causa de la ternura que le provocaba la consideración del amor entrañable con que hemos sido amados. Estos últimos tiempos, procuraba hacer un rato de plegaria a las tres en punto de la tarde, la hora de la muerte de Jesús. Era consciente de las imperfecciones que había en su vida, pero confiaba fuertemente en la misericordia divina. Amaba mucho a Montserrat y amaba mucho a su familia tan numerosa; todavía el domingo pasado dejó a sus hermanos, como testamento espiritual, el que fueran personas de fe y unidas en la vivencia cristiana. Ha continuado dándonos un buen testimonio de oración hasta el final.

El P. Agustí, que sólo ha guardado cama unos pocos días, empezó este adviento participando en la eucaristía de la comunidad. Con la liturgia de la Iglesia, esperaba al *Salvador, Jesucristo, el Señor* y hacía suya la plegaria: "ven, Señor, a visitarnos y danos la paz; que nos podamos alegrar de todo corazón delante de ti". Al ofrecer, pues, a continuación la oblación eucarística, unimos su vida al misterio de muerte y de resurrección de Jesucristo, para que ahora que lo ha venido a visitar en la paz en el momento de la muerte, por las oraciones de Santa María, la Virgen de la Esperanza, lo libere de sus faltas, y pueda ver cómo su cuerpo sin vida será transformado *para configurarlo con el cuerpo glorioso* de Cristo. Y así se alegre de todo corazón delante del Padre del cielo.

Mientras lo llevamos en la plegaria, nosotros monjes, hermanos, familiares y conocidos del P. Agustí, escolanes y peregrinos, nos tenemos que sentir animados por su fidelidad de vivir en justicia y piedad para prepararnos dignamente a acoger, en la Navidad y al término de nuestra vida, el Hijo de Dios, el Cordero que toma sobre sí nuestra fragilidad y quita el pecado del mundo tal, como Juan Bautista había profetizado (cf. Canto de entrada día 18 de diciembre).